

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

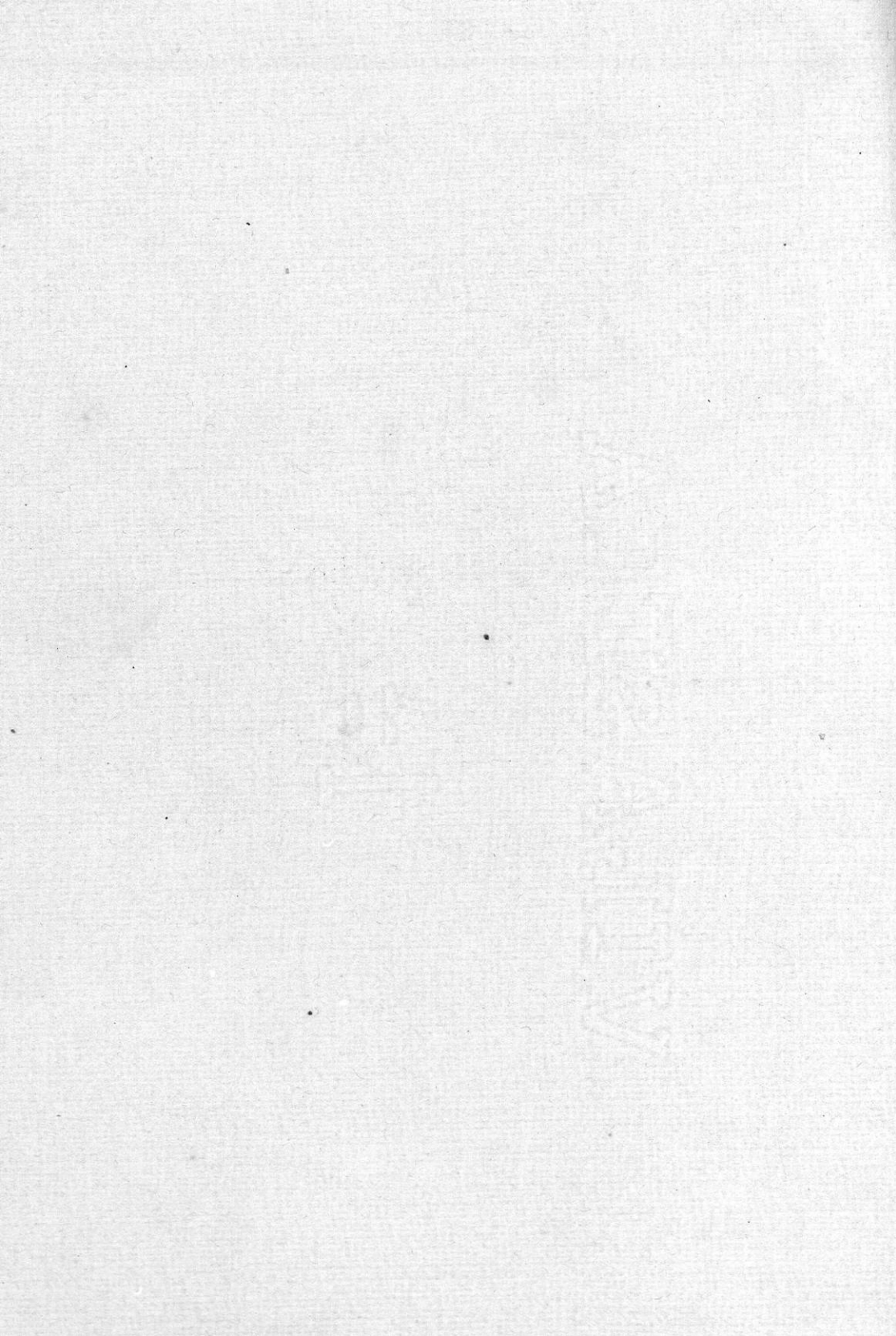
2.ª É P O C A

Año 1953 - - Número 60.



SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL



ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA



EJEMPLAR NÚM. 521

ARCHIVO HISPÁNICO
REVISTA
HISTÓRICA, LINGÜÍSTICA
Y ARTÍSTICA



IMPRESO EN ESPAÑA.

PRINTED IN SPAIN.

EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA PROVINCIAL
SAN LUIS, 27. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL



2.^a Época
Año 1953



Tomo XIX
Número 60

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1953

JULIO — AGOSTO

Número 60

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso,
Presidente de la Excm. Diputación Provincial.—D. Angel Ca-
macho Baños.—D. Eloy Domínguez Rodiño.—D. Carlos García
Oviedo.—D. José Hernández Díaz.—D. Manuel Justiniano
Martínez.—D. Celestino López Martínez.—D. Joaquín Romero
Murube.—D. Francisco Ruiz Esquivel.—D. Federico Villanova
Hoppe.—Director, Don Luis Toro Buiza.—Secretario, D. José
Andrés Vázquez.

SUMARIO

ARTICULOS ORIGINALES

Págs.

José Hernández Díaz.— <i>Aportaciones al estudio de la imaginería ba- rrroca andaluza</i>	9
Aurelio Álvarez Jusué.— <i>La Justicia sevillana desde Alfonso XI hasta la Audiencia de los Grados</i>	17
Juan de Mata Carriazo.— <i>El «breve parte» de Fernán Pérez del Pulgar</i>	51

MISCELANEA

Carlos Cañal.— <i>Soledad y compañía de Cristóbal Colón</i>	77
Juan Nasio.— <i>La España que heredó Cajal</i>	81
Martiría Sánchez.— <i>La imagen de San Jerónimo de la iglesia parro- quial de Cuacos</i>	87
José Andrés Vázquez.— <i>Desde Japón a Roma, pasando por Sevilla..</i>	89
* * * <i>Premios y becas de Bellas Artes de la Excm. Diputación de Sevilla</i>	93

LIBROS: Varios.....	97
---------------------	----

CRÍTICA DE ARTE: Norberto Almandoz — <i>Cristóbal de Morales</i>	105
--	-----

CRÓNICA: El Cronista Oficial de la Provincia.— <i>Diciembre, 1946</i>	113
---	-----

ARTICULOS ORIGINALES

ENSE

ARTICLE OF ASSOCIATION

LA ESPAÑA QUE HEREDÓ CAJAL

El estudio del tiempo histórico en que Cajal tuvo que actuar, permite otorgar una mayor significación, de la que ya de por sí obtuvo, a la obra de tan insigne científico. Marañón sitúa a Cajal, en «horas malas de España, las peores de la historia moderna; tan malas que para cualquier otro hubiera sido pretexto sobrado para divagar en lugar de darle al yunque todo el día o para emigrar» (1). Pero el hombre no es siempre fruto del medio, y menos tratándose de personalidades con caracteres geniales. Cajal se sobrepuso a su ambiente y logró, como otros grandes de España, influenciar orientado hacia una mayor superación. Solamente una asimilada y sólida herencia espiritual fué el secreto que le permitió, no sólo ser uno de los mejores de su tiempo, sino también convertir a éste en uno de los mejores de la historia de su patria, desde el punto de vista científico. Su herencia espiritual se la había ofrecido la España de siempre; la eterna, la inmortal, la que como una santa madre sabe inspirar a los hijos que se acercan a ella.

En Cajal, desde niño, el sentimiento de patria, raza, gloria y orgullo, adquirió emoción y lealtad al calor de esas ferviente fe cristiana tan singular de los españoles. Con más corazón que saber, al influjo de sus vivencias infantiles y en el aprendizaje del catecismo que le enseñaban sus padres, recibió en su intimidad la mejor herencia que pudo brindarle España: su misionología. Es así cómo en sus recuerdos infantiles expresa: «Con qué alegría vitoreábamos a los valientes soldados y a los generales Prim y O'Donnell». «Qué orgullosos estábamos de la conquista de Tetuán»... «Sentimos entonces la admiración por los héroes de nuestra raza y el deseo de imitarlos, llegando, si fuera preciso, hasta sacrificar la vida por la patria» (2).

En estos recuerdos de sus emociones de niño, se evidencia de qué

(1) MARAÑÓN, G.—Cajal, su tiempo y el nuestro. Op. Cit., pág. 11.

(2) RAMON Y CAJAL, S.—La infancia de Ramón y Cajal contada por él mismo. Op. Cit., págs. 22-23.

manera España recibió a Cajal y cómo éste, en su primera formación, la llegó a comprender y en un futuro no muy lejano íbale a honrar magníficamente.

Retrotrayendo nuestra mirada desde el siglo de Cajal hasta los años primeros de la Historia de España, no vemos más que un panorama de luchas y sacrificios para defender la fe, afianzar la unidad y universalizar el espíritu hispánico.

España, antes que geográfica o política, nace cristiana. Con Osio de Córdoba, con el Emperador Romano de Segovia, el italicense Teodosio y con el primer papa español San Dámaso, se inicia su santa misión en favor de la cruz de Cristo. Desde este hito sacrosanto, comienza la lucha por la unidad de España. Los intentos divisionistas de los arrianos por el Norte y de los griegos bizantinos por el Sur, son frustrados. Pero inmediatamente hubo que enfrentar a los judíos, cabeza de puente para la invasión árabe que gracias a la traición de los julianes y de los opas, convertiría a España en el reducto más fuerte del anticristianismo. En este instante comienza la Reconquista y se organiza, en Covadonga, con Don Pelayo, la más fecunda historia de lucha y sacrificios en pro de un ideal supremo. Es precisamente durante esta dominación cuando España sufre la prueba más grande de su historia. No cede ante la tentación a que se la somete halagando sus sentidos y estimulando sus instintos a cambio de la entrega de la fe. No se doblega, y, con Santa Eulogia y San Alvaro, en el centro mismo del Califato de Córdoba, se inicia la cruzada religiosa por la fe y por la civilización de la humanidad. En los «campos de la verdad» se produce el martirio de los cristianos que con su sangre bautizan una de las primeras virtudes españolas: el sacrificio de la verdad.

Con el Cid Campeador y los triunfos en Las Navas de Tolosa se logra, en la lucha por la fe, la unidad de un pueblo heterogéneo en sus orígenes pero homogéneo en su espíritu. Desde los sueños de Alfonso *el Sabio*, hechos realidad por la infanta Isabel *la Católica* y Fernando de Aragón, se logra, en el sitio de Granada, el triunfo definitivo sobre los moros. Pero España hecha imperio, tiene que seguir conservando la fe. Para ello tiene la obligación de expulsar a moros y judíos, aunque sufran sus riquezas. Con Carlos V el imperio se extiende y se afianza debiendo defender la obra misionera de Isabel en América y de Fernando de Aragón en Europa y Africa. Vemos también, en este recorrido retrospectivo, a Felipe II, colocando su espada al servicio de la Cruz y luchando contra moros y piratas a sueldo de la herejía. En su lucha contra la Reforma religiosa sufre la infiltración de la revolución política y los políticos disfrazados de favoritos rodean a Felipe III y a Felipe IV, comenzando la fisuración de la fe, las rebeliones internas, las guerras y los intentos separatistas. La descomposición política engendra los desastres; y los extranjeros, a través de Carlos II y Felipe de Borbón, logran afincarse

en el suelo de los Reyes Católicos, comienza la lucha por su propia libertad. Detrás de la Guerra de Sucesión, se infiltran, desde los cuatro puntos cardinales del país, los enemigos seculares de Cristo; y allí España, con la cruz prendida en su bandera, lucha a favor de la salvación de su fe y, en Almansa y Villaviciosa, defiende su integridad, aunque herida físicamente por el Sur. Pero con los reyes Borbones, y en particular con Carlos III y Carlos IV, el pueblo español resiste su extranjerización que, con el pretexto del bienestar y de la comodidad o con el disfraz del progreso útil, viene a amputar el alma, que es la mayor riqueza de ese pueblo. Estaba prevista la revolución política que más tarde anegaría en cruentas luchas al pueblo, ya que el padre Rábago lo denunció proféticamente a Felipe VI al señalar los designios de la masonería. Es así cómo Aranda expulsa a la Compañía de Jesús que, bajo la inspiración de San Ignacio de Loyola, había defendido con sangre la fe de Dios.

Era evidente que el espíritu español no había sido comprendido por los Borbones como lo había sido por los de la Casa de Austria. Esta España que, desde los íberos hasta el siglo de Cajal, ofrecía tan complejas guerras, conflictos, divisiones externas e internas, no dejaba nunca de exhibir con claridad una heroicidad histórica imbatible y preñada de sacrificio al servicio de un ideal espiritual: la fe cristiana. Cajal supo comprender esta herencia y se identificó plenamente con lo que constituiría la esencia de un pueblo humanista y ecuménico. Es que todos los conflictos y angustias, así como todas las glorias y grandezas de España, constituyen la condición social de su pueblo. Esta condición, que es mutable, transitoria y movediza y que históricamente está representada por las luchas políticas y sociales, define la existencia de España. Lo que no es cambiante ni movedizo, lo que es permanente e inmutable, es la naturaleza, el estilo, el temperamento o el genio hispánico. Esta es la esencia de España y, gracias a ella, se da vida y forma, estructura y dimensión a todos los fenómenos que se suceden y han de sucederse en su devenir, que es también el acaecer del hombre universal. Desconocer esta verdad, confundir existencia con esencia, fondo con forma, cuadro con marco, es perderse antes de llegar a tener la perspectiva del objetivo de España. En este error han incurrido muchos que creyeron ver en los flujos y reflujo de la historia española un aflojamiento de la esencia española. Esta esencia es el saber reflexivo y racional o el de la inspiración y por ambos caminos, por el conocer y por el desconocer, llegamos a un sentir: el amor a Dios por sobre todas las cosas. La esencia de España es la Fe; fe mantenida, como razonaba Ganiwet, por una «fuerza desconocida que vive en estado latente en España» (3).

El sabio, que había nacido en Aragón, campo de mártires en las lu-

(3) GANIVET, T.—Ideario de un español. Obras completas. (Madrid, 1920.—Suárez, VI.

chas redentoras, comprendió que detrás de la tragedia y de la agonía de España se encontraba la excelsa tradición creadora de que nos habla Laín Entralgo, y que permite conservar ese espíritu de lucha indomable al servicio de las mejores causas de la humanidad. Comprendió también lo que significaba la Reconquista. En España, la restauración de la fe adquirió un significado superior a la etimología de la palabra. Muchas veces la historia modifica el significado de las letras, ya que les da otro concepto y una vivencia. Para España, luchar por su misión, superarse sobre sí misma y alcanzar los más elevados objetivos de su creación como nación, significaba restauración, recuperación o reconquista.

España no luchaba por la reconquista de una situación dimensional o cuantitativa. De ninguna manera. Sus glorias y riquezas pasadas no eran el objeto de sus deseos. Tamaña elucubración no puede tener asidero cuando se conoce medianamente el ideario español. No se busca readquirir existencia sino, por el contrario, perpetuar su esencia, su misión. Se restauran las existencias pero no las esencias. Por no comprender esto, durante mucho tiempo, han vivido los críticos y literatos que gustan de las perifrasis grandilocuentes, bajo el rubro etimológico de estos vocablos, deformando o alterando el examen de las existencias de España. Con esta equivocada premisa, luego exigían su recuperación o restauración. Pocas veces en la historia un vocablo mal entendido ha permitido tantas tergiversaciones. España vive recuperándose desde que nació. Es ese su devenir, porque esa es su concepción de la superación espiritual. De ahí la injusticia en que se incurre al hablar, refiriéndose a estos términos, de decadencia, pérdida, atraso y rémora científico-cultural. He ahí el error histórico de los que confundieron misión con incapacidad, pasión con abulia y superación con debilidad. España siempre buscó superarse. Cuando emprendió su misionología, todo era parvo y débil para lo mucho que había que realizar. Para elevarse, para no debilitarse en ningún momento, se exigía mirar hacia atrás para mejor avanzar hacia adelante. Este es el sentido de la restauración, reconquista o recuperación española. Y aquí no se trata de hacer un juego de palabras para escamotear una verdad amarga. Por el contrario, buscamos decir la única verdad. España se introvertía no porque se sintiera sin fuerzas o sin objetivo. Se introvertía en busca de todas las fuerzas posibles para poder realizar el motivo que impulsaba su esencia. Esta fué la herencia que recibió Cajal y que empleó en su quehacer histórico. Recibió más la mística de la esencia española que la sabia filosofía del destino de su pueblo. De ahí que nunca confundiera lo esencial de su herencia con la pleamar y bajamar del océano de su historia. Descubrió que ese avance y retroceso, ese ganar y perder, no eran más que un flujo y reflujo en el orden material de las cosas humanas y que lo que importaba realmente era el agua pura y fresca de ese colosal, inmutable e imbatible imperio de la razón y esencia de España. Ahí estaba el secreto del destino de

una gran nación y de un pueblo heroico. Héroe siempre, porque siempre fué atacado por los mercaderes del templo que no tenían más fuerzas que la material para luchar contra los hombres que salvaban en todo momento la dignidad de Europa y aseguraban la más alta civilización en América. Todos los enfoques que se realicen analizando los factores históricos o sociológicos tratando de explicar las oscilaciones materiales en el pueblo español, son exámenes mediocres e infrahumanos. De esta manera contable, numérica, no se comprueba nada más que las cantidades de un fenómeno o el tiempo corto o largo en que éste sucede. La historia no se refiere únicamente a cosas, ni siquiera al hombre como cosa; ella debe enfocarse teniendo en cuenta algo que tiene mucha más importancia que la cronología y que las realizaciones. Ello es la concepción y el ideario espiritual que impulsa al hombre y a los pueblos como protagonistas de esos fenómenos que son mutables, precarios y cambiantes. Esta es la verdad que comprendió Cajal al esforzarse por tomar un camino de realizaciones técnicas. Gracias a esta concepción de honda raigambre cristiana y humanista, logró efectuar un aporte considerable y perdurable para el destino de España.

JUAN NASIO

De la Real Academia de Medicina de Barcelona

Rosario (R. Argentina).

